



BILL HAYES

morias tituladas *Hacia el amanecer*). El problema también desasosiega a Sacks: “La cuestión de ‘contar’, de publicar relatos detallados de la vida de los pacientes, de narrar sus vulnerabilidades, su enfermedad, es un asunto de gran delicadeza moral, lleno de trampas y peligros de toda clase”.

Este dilema ético preocupa a la mayoría, si no a todos los autores de libros sobre casos médicos y psiquiátricos, ya sean profesionales o legos en la materia. En ocasiones, Sacks ha sido víctima de esta clase de críticas morales a su obra. El académico británico y activista a favor de los derechos de los discapacitados Tom Shakespeare lo llamó “el hombre que confundió a sus pacientes con una carrera literaria”. El escritor G. Thomas Couser cita al periodista Alexander Cockburn, que describió la obra de Sacks como “un circo de monstruos intelectual que invita a su público a contemplar embobado las rarezas humanas”.

Sin embargo, actualmente hay quien sostiene que nuestro gusto creciente por las historias sobre el elemento humano en la medicina y la ciencia procede, al menos en parte, del desgaste de la mitología y la religión como esquemas convincentes para entender la condición humana. O sea, que estos modernos escritores/médicos –Sacks, Atul Gawande, Daniel Kahneman, James Gleick, Jerome Groopman, Abraham Verghese, Rebecca

Skloot– pueden tener algo de bardos. Buscan el sentido y la coherencia en las vidas individuales tocadas por aflicciones aleatorias y en los vertiginosos avances de la ciencia, más que en cualquier forma de divina providencia. Como afirmaba el propio Sacks, “tengo la esperanza de que la lectura de lo que escribo muestre respeto y aprecio, no el deseo de exponer o exhibir por afán de sensaciones... pero es un asunto delicado”.

Como todos los intérpretes, los que escribimos para un público lo hacemos por tres razones principales, dos de ellas nobles, la tercera algo más oscura. La primera, para compartir información y relatos que interesen, ilustren, conmuevan o entretengan a los lectores. La segunda, para ayudar a crear, a partir del silencio y la soledad, una comunidad de personas atraídas por esa información y esos relatos. Y la tercera, normalmente a un nivel inconsciente, para ganar para nosotros mismos la atención y la admiración de extraños.

Así que, en efecto, los escritos de Sacks, como cualquier escrito, participan del exhibicionismo incluso envueltos en modestia y humildad. Más aún, las personas sobre las que es-

**LA VIDA EMERGE
A TRAVÉS DE TODOS
LOS ESCRITOS DE
SACKS. EL NEURÓLOGO
FUE Y SEGUIRÁ
SIENDO UNA BRILLANTE
SINGULARIDAD**

**ESTOS ENSAYOS
PÓSTUMOS, DE CORTE
AUTOBIOGRÁFICO,
FORMAN UN CONJUNTO
MARAVILLOSAMENTE
DISPAR Y EXENTO DE
PASAJES ABURRIDOS**

cribe, en este y en otros libros, a menudo sufren lo que la gente “normal” puede considerar alguna clase de peculiaridad (quizá hasta extravagancia). Incluso en el primer capítulo del libro, principalmente autobiográfico, Sacks da cuenta de sus pasiones idiosincrásicas tempranas con una seriedad interpretable como un intento de normalizar sus propias obsesiones incipientes, entre ellas la natación de fondo y resistencia y la halterofilia. El primer ensayo, *Bebés de agua*, cuenta la afición obsesiva de la familia Sacks por la natación, que le llevaba a nadar más de 9 kilómetros. Siendo un colegial pasó tres semanas en el pueblo escocés de Millport estudiando biología marina. Allí se dedicó a recoger las sepias que los pescadores no querían y las almacenó en cubos de agua con sal y alcohol en el sótano de la casa de un amigo, para más tarde experimentar con ellas. “Al cabo de unos días”, cuenta, “oímos ruidos sordos que salían del sótano, y cuando bajamos a investigar nos encontramos con una escena grotesca: las sepias, mal conservadas, se habían podrido y habían fermentado. Los gases producidos hicieron explotar los tarros y dispararon grandes jirones de sepia contra las paredes y el suelo”.

Las explosiones y los bloqueos neurológicos siguieron fascinando a Sacks a lo largo de toda su carrera. En el capítulo “Cuentos clínicos”, un ensayo titulado *Viajes con Lowell* cuenta la visita del autor a La Crete, una comunidad menonita de Canadá en la que abundaban los casos de síndrome de Tourette. Por su parte, en *Almacenaje en frío* las inyecciones para la tiroides devuelven a la vida activa a un paciente llamado “tío Toby” que había permanecido siete años “suspendido... en un extraño estupor helado” con la temperatura corporal 30 grados por debajo de la media humana. En el capítulo final del libro, la lente de Sacks se expande de los recuerdos y las historias clínicas a un torbellino de temas: la vida en otros planetas, su amor por los arenques (“clupeofilia”), o la búsqueda de los helechos que emergen a través de la delgada capa de tierra de los estratos de la línea férrea de Park Avenue.

La vida emerge a través de todos los escritos de Sacks. Él fue y seguirá siendo una brillante singularidad. Cuesta recordar un pasaje aburrido en su obra, o, ya puestos, una frase. Al final del libro, y muy cerca del final de su vida, en *Pescado gefilte* consigue otorgar a ese plato, de entre todas las cosas, un maravilloso papel estelar: “En mis últimas semanas de vida (salvo un milagro), con tantas náuseas que siento aversión por casi cualquier alimento y me cuesta tragar... he redescubierto las delicias del pescado gefilte... El pescado gefilte me acompañará cuando me vaya de esta vida, igual que me acompañó cuando llegué a ella, hace 82 años”. **DANIEL MENAKER**

THE NEW YORK TIMES BOOK REVIEW